

Reseñas

La mirada social. Un marco de pensamiento distinto para el siglo XXI

Alain TOURAINE

Paidós (Estado y Sociedad), B., 2009

Recientemente la editorial Paidós ha publicado la traducción al español de la última obra del sociólogo francés **Alain Touraine**, *“La mirada sociológica. Un marco de pensamiento distinto para el siglo XXI”*, editado en francés, en 2007, con el título de *“Penser autrement”*. Al igual que colegas suyos como Anthony Giddens, Ulrich Beck o Zygmunt Bauman, con este libro Touraine continúa su zaga de publicaciones recientes entre las que se encuentran *“El mundo de la mujeres”* (2007), *“Un nuevo paradigma: como comprender el mundo de hoy”* (2005), *“Conocimiento e identidad”* (2004), *“¿Cómo salir del liberalismo?”* (2003), *“A la búsqueda del sí mismo: diálogos sobre el sujeto”* (2002). Repensar el mundo contemporáneo y el propio pensamiento sociológico parece ser la constante de la reflexión sociológica actual. Es este sentido, la experiencia de Touraine, expresada tanto en lo prolijo de su trabajo académico e investigativo como en sus años (*“más sabe el diablo por viejo que por diablo”*), le imprime un peculiar toque de autoridad a sus reflexiones.

Con un fuerte tono personal, muy característico en él, y casi autobiográfico en algunas partes del libro, teniendo permanentemente como referencia la política, el sindicalismo y el mundo intelectual franceses, Touraine procura poner en blanco y negro su posición en relación con las ciencias sociales contemporáneas, particularmente con la sociología. En este sentido, plantea reconstruir la forma de pensar los hechos sociales y, por tanto, de analizar la con-

ducta humana, rechazando, en primer lugar, cualquier forma de determinismo social, sea éste evolucionista, histórico, economicista, funcionalista o religioso, y haciendo, en segundo lugar, una apuesta radical por el sujeto como centro del pensamiento sociológico y encarnación de los derechos humanos universales. Por otra parte, esta postura, en su vertiente política, le permite a Touraine arremeter también radicalmente contra toda forma de totalitarismo, colectivismo o comunitarismo que elimine o constriña esos derechos.

Para desarrollar esta postura, que en relación con la idea de sujeto ha sido especialmente recurrente a lo largo de su obra, divide su libro en dos partes. En la primera parte, titulada *“Unas sociedad ciega”*, Touraine introduce el concepto de *“Discurso Interpretativo Dominante (DID)”*, entendido como el conjunto de representaciones que permite construir una imagen general de la vida social y de la experiencia de los individuos. Para este pensador francés el DID, propio de la tradición intelectual de la izquierda francesa, se encuentra cómodamente instalado en el Estado francés. Según Touraine, el DID de la izquierda ha incurrido en el error de considerar indispensable el uso de categorías, procesos y fuerzas impersonales para comprender y explicar la experiencia humana, hasta el punto de negar la existencia de actores y movimientos sociales. Es así como las vidas individuales y colectivas han estado representadas y subordinadas al marco institucional del Estado: Estado nacional, Estado popular, Estado revolu-

cionario, etc. Por su parte la izquierda francesa ha estado dominada por los sindicatos y éstos, a su vez, por los partidos políticos de izquierda que, en el último tercio del siglo XX, quedaron atrapados en la propia arquitectura del Estado durante el gobierno de François Mitterrand. Para Touraine todo esto ha contribuido a que el DID de la izquierda francesa de finales del siglo XX rechace toda lógica de los actores y más aún rechace la idea de sujeto, al reducirlo a la ideología de las clases sociales, con lo cual pervirtió y paralizó la imagen que la sociedad francesa tenía de sí misma, sin actores y movimientos sociales independientes.

Es por esto que tanto el DID (de izquierdas) como la ideología dominante liberal (de derechas), que se encuentra más arraigado en el sector privado de la sociedad francesa, no han sido capaces de gestionar algunos problemas estrictamente culturales que afectan a la sociedad francesa y que demandan un abordaje desde las ideas de sujeto, afirma Touraine. El primer lugar, el riesgo que corre el universalismo de la ciudadanía, propio de la Francia republicana, de negar derechos culturales. En segundo lugar, la dificultad que tiene la escuela francesa, en nombre de la igualdad, para tener en cuentas las características, individuales, psicológicas, sociales y culturales de los alumnos. En tercer lugar, la dificultad de profesionales e intelectuales franceses para comprender los problemas y comportamientos de los jóvenes de los suburbios de muchas ciudades francesas, muchos de ellos descendientes de inmigrantes de cultura islámica. En cuarto lugar, la sospecha que cunde entre los intelectuales franceses cuando se habla de sujeto o de actores sociales, y que los lleva a tachar estas ideas de subjetivismo manipulado por fuerza conservadoras. Finalmente, los conflictos que se han presentado alrededor de los símbolos religiosos y su relación con el laicismo. En este punto Touraine, en lugar de ver el laicismo como un problema, lo defiende de una manera cerrada de cualquier fundamento religioso que pretenda dar cuenta de la vida social.

Touraine finaliza la primera parte afirmando que el DID logró infiltrar a las ciencias sociales produciendo una imagen de la sociedad sin actores sociales, sometida a rigurosos determinismos especialmente económicos. Sin embargo, en los últimos años la proliferación de accio-

nes humanas contra las fuerzas impersonales del mercado, las guerras o los totalitarismos, en forma de movimientos sociales, han debilitado esta tendencia, particularmente el determinismo económico íntimamente relacionado con las teorías de la modernización y del progreso. Para este estudioso de los movimientos sociales, allí donde la sociología ha estado vinculada estrechamente al estudio sobre el terreno de estas acciones humanas ha podido reconocer al actor social, al sujeto que, fundado sobre sí mismo, ha ido rompiendo todos aquellos discurso que negaban su existencia.

En la segunda parte de su libro titulada "*Una nueva mirada*" Touraine propone entonces una reconstrucción del pensamiento social, un cambio de paradigma, que permita describir mejor el mundo contemporáneo, donde las categorías culturales sustituyan a las categorías socioeconómicas para el análisis y comprensión de la sociedad. Esta reconstrucción parte de tres constataciones. En primer lugar, de la degradación del ser humano causada por el nazismo y los campos soviéticos; en segundo lugar, de la fractura de la vida social, como forma de interacción, como sistema de decisión o como estructura de aculturación y de represión, provocada fundamentalmente por el triunfo del capitalismo; y, en tercer lugar, de la desconfianza en las instituciones consideradas básicas en la sociedad, como la familia o la escuela. Estos tres elementos le permiten a Touraine plantear "*el fin de los social*", el fin de la denominada sociedad industrial, fin que, a su vez, le abre la puerta a una sociología del sujeto que tiene como fundamento la redefinición de 5 ideas básicas: *modernidad, sujeto, movimientos sociales, conflicto y alteridad*.

El fundamento de la modernidad, según Touraine, reside en el hecho de poder definir, comprender o considerar una situación particular de la sociedad desde principios *universalistas*. A pesar de ser una creación humana social, cultural e históricamente situada en la Europa de los siglos XVII y XVIII, el universalismo de la *razón*, de la *racionalidad científica y técnica* y sobre todo de los *derechos humanos* permite que la modernidad pueda afirmarse en situaciones históricas distintas. La modernidad entonces no puede considerarse como un patrimonio particular de una sociedad, una nación o un conti-

nente; tampoco existe un camino privilegiado para acceder a la modernidad, como lo demuestra la experiencia histórica con el caso de la modernización. El despliegue de la modernidad en forma de reflexión, de racionalidad técnico científica y de ampliación de los derechos aumenta nuestra capacidad para crearnos y transformarnos, para crear y producir la propia sociedad. Esta capacidad de autoproducción, afirma Touraine, da cuenta del proceso de *individuación* de los seres humanos en el cual la autoafirmación de los derechos se erige contra muchos aspectos del orden social, especialmente de las diferentes formas de autoritarismo, totalitarismo y comunitarismo. De hecho, la individuación, entendida como la autoafirmación de la individualidad a través de los derechos, debe ser el objetivo último de las políticas sociales de la democracia, concluye Touraine.

Esta idea de modernidad le permite a Touraine afirmar que el sujeto surge en el ser humano empírico cuando éste es capaz de representarse a sí mismo, simbólica o lingüísticamente, en términos de derechos fundamentales. Este *desdoblamiento*, en términos de Touraine, hace posible que el ser humano empírico desarrolle una conciencia de sí desprendida de formas sociales, y afirmada en el reconocimiento de la responsabilidad personal como portador de derechos. *El sujeto* entonces emerge como *ser universal* del ser particular, del humano empírico, en la medida en que la conciencia de sí tiene como referencia *los derechos humanos universales* y que, como se señaló anteriormente, tiene que ver con el proceso de *individuación* del ser humano en el seno de la *modernidad*. En este orden de ideas, la constitución del sujeto en Touraine, entendida como proceso de individuación, posee tres elementos fundamentales: el *desdoblamiento*, a través de la palabra y las expresiones simbólicas (equivalente a la idea de *reflexividad* de Giddens como reconoce el propio Touraine), el *cuero* reconocido como algo no exclusivamente social y la *separación* activa del individuo de la sociedad.

Para Touraine, los pobres, los exiliados, los dominados y especialmente las mujeres serían los que más encarnaría esta idea de sujeto hoy por hoy. En efecto, los estudios sociológicos parecen corroborar el hecho de que los pobres, los exiliados, los dominados, etc., poseen una

conciencia aguda de lo que soportan y, por tanto, según Touraine, es más fácil detectar en ellos el sujeto. Por otra parte, las mujeres han sido las que durante más tiempo ha tenido conculcado el derecho a la subjetividad por parte de la masculinidad o las instituciones; además, son las mujeres las que se definen a sí mismas como mujeres, las que se atribuyen el derecho a vivir una vida de mujeres y las que han protagonizado los cambios culturales más importantes que han ocurrido en el último tiempo. En este contexto Touraine afirma que las mujeres y el feminismo deben estar en el centro de una sociología reconstruida alrededor de la idea o noción de sujeto. El hecho de que el sujeto emerja a través de un proceso de distanciamiento de la organización social, no nos debe llevar a concluir que su existencia sólo puede ser posible en la soledad y en el rechazo a cualquier forma de pertenencia. Por el contrario, afirma Touraine, el sujeto sólo existe realmente en medio de la dialéctica entre la pertenencia a un grupo y una historia concreta y su necesidad de autoconstrucción autónoma y responsable de sí mismo. Es precisamente esta dialéctica la que da origen a la idea de conflicto en Touraine, no en términos de ruptura revolucionaria o de grandes conflictos sociales mediados por actores colectivos (lucha de clases), sino en términos de oposición a formas impersonales de poder o de dominación (organizaciones) que eliminan y degradan al sujeto. Los conflictos surgidos con la modernización pueden ser interpretados en clave histórica de esta manera. En efecto, el movimiento obrero, el movimiento feminista o los movimientos de descolonización pueden ser interpretados más como forma de autoafirmación personal de los trabajadores, de los colonizados o de las mujeres frente a esas formas impersonales de dominación que como expresiones de una lucha general. Este sería el fundamento de los denominados por Touraine *movimientos sociales o culturales que*, basados en la autoafirmación y en capacidad de promover formas crecientes de comprensión, comunicación y acción, realizan acciones colectivas por la defensa de derechos culturales o que tienen su expresión en categorías culturales: mujeres, minorías nacionales, religiosas o sexuales, trabajadores inmigrantes, discapacitados, etc. La idea de sujeto y la defensa de sus derechos humanos fundamen-

tales se convierten para Touraine en el eje central de las luchas de los nuevos movimientos sociales y culturales.

La acción colectiva en defensa de los derechos humanos fundamentales sitúa la idea de sujeto en un marco de relaciones intersubjetivas de doble reconocimiento: en la medida en que puedo reconocer el sujeto de derechos fundamentales universales en mí mismo puedo reconocerlo en el otro. Dicho de otra manera, al aceptar al otro como sujeto, puedo reconocerme a mí mismo como sujeto. En la medida en que el sujeto se aleja del orden social, como unidad (sistema), le es más fácil comprender y desarrollar la idea de tolerancia (frente a otros) tanto teórica como prácticamente. Son estos aspectos los que dan cuenta de la idea de *alteridad* en Touraine. En efecto, la aceptación de otro no sería entonces sólo la aceptación de sus diferencias culturales, sino sobre todo la aceptación de lo universal común, en términos de derechos, que existiría en el otro. Esto implica guardar distancia de la exaltación de los particularismos culturales, en forma de comunitarismo, para acceder al otro en cuanto sujeto. En la *alteridad* y en la *acción colectiva de los nuevos movimientos sociales y culturales* encuentra Touraine los fundamentos de la reconstrucción de los *vínculos sociales* que no anulan al sujeto sino, por el contrario, hacen posible su reconocimiento.

Touraine termina el texto rechazando de plano y radicalmente cualquier intento de encajillar al sujeto dentro de una vertiente individualista, sometido al mercado y a todas las formas impersonales de dominación, o dentro de una vertiente colectivista, encerrado en una clase social o en una comunidad. Esta radicalidad que perfectamente recoge en el siguiente

fragmento de su libro: *el sujeto confiere al individuo el derecho a ser un actor social; actúa de modo que su vida no se vea recortada en una serie de secuencias sin las cuales no existiría ninguna coherencia vivida y meditada. Ni Dios ni amo económico, político o religioso: no somos esclavos de nadie, pues sólo somos los amos de nuestra vida, aun cuando podamos soportar fracasos”*.

De cara al debate sobre el papel que debe tener la sociología para comprender la compleja y convulsa realidad social del mundo en el que vivimos, este libro de Alain Touraine se convierte en una referencia de primera mano principalmente por dos razones. En primer lugar, porque se comporta como una especie de síntesis bien lograda de la obra reciente de uno de los pensadores e investigadores más prestigiosos de la sociología contemporánea. En segundo lugar porque plantea un programa de trabajo, fuertemente unido al terreno y a la investigación empírica, centrado en actores sociales que orientan su acción hacia la consecución de sus derechos culturales y en los conflictos que están ligados a esta acción. En resumen Touraine nos propone reconstruir la sociología de cara a los nuevos movimientos sociales y sobre todo de cara a un sujeto que emerge de la acción colectiva por la defensa de las libertades y de los derechos humanos universales. Queda entonces abierto el debate académico sobre la validez, pertinencia y relevancia de este programa de trabajo para sociología.

Manuel Espinel Vallejo
 Profesor Asociado Departamento de
 Sociología I. Facultad de Ciencias Políticas y
 Sociología. Universidad Complutense de Madrid